



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 116 – 1 de abril de 2016

En este número

1. Hemos de encontrar el metrónomo, *Emilio Álvarez Frías*
2. El laboratorio Frankenstein, *Manuel Parra Celaya*
3. Lo último de Pérez Reverte, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. Disparad sobre nosotros..., *Carlos León Roch*
5. Bruselas y los últimos días de Occidente, *Carlos Esteban*
6. ETA agradece y Podemos aplaude mientras Pamplona responde, *Pascual Tamburri*
7. Los progres, el velo y el antifaz, *Alfonso Rojo*

Hemos de encontrar el metrónomo

Emilio Álvarez Frías

Me pregunto si la Semana Santa hemos de seguir considerándola una festividad religiosa o una festividad civil, como también la Navidad entre otras muchas fiestas de las que se celebran en España. En estas fechas los católicos intentamos conmemorar el hecho de la entrada de Jesús en Jerusalén, su muerte en Cruz y su Resurrección. Para los que se consideran al margen de la religión cristiana no deja de ser una fiesta laica que entra dentro de lo que hay que erradicar de la faz de la tierra volviendo a las ancestrales conmemoraciones del sol, la luna, la siembra, la cosecha, etc. Aunque, eso sí, los detractores enemigos del cristianismo no perdonan una sola fiesta, sea de origen religioso o de lo que fuere. Así, sus señorías los parlamentarios, huérfanos de Presidente del Gobierno, aburridos y sin saber qué hacer, se acordaron unas vacaciones de «Semana Santa» de tres semanas, o sea 21 días. Esperamos las estén disfrutando plácidamente y con provecho.

Porque ellos no sienten ninguna inquietud porque el imán Anjem Choudary, de origen iraní, y asentado en Inglaterra, esté indignado porque en España se celebre la Semana Santa con procesiones, sermón de las Siete Palabras, mantillas, tamborreadas y todo eso, lo que, según dicho señor, supone una ofensa y menosprecio a la religión del profeta para el millón ochocientos mil musulmanes (ahí queda eso) que en España se ven obligados a vivir su fe prácticamente en clandestinidad, probablemente en mezquitas distintas a todas las que vemos van sembrando por el territorio español. Dicho imán, como postre, soltó la soflama de que «el islam será en unos años la principal religión de todo el continente. Ya es hora de decir bien alto: ¡Europa, aquí estamos!». Y se quedó tan tranquilo, y los listos de la UE no se dan por enterados y siguen con el buenismo de recibir a todos los emigrantes que nos mandan sin redistribuir ninguno hacia Arabia Saudí que continúa con su ciudad de lona impoluta para un millón de visitantes, con aire acondicionado inclusive, sin que a ella vaya ningún sirio, con lo cerca que les pillan.

Por otro lado, tampoco se han hecho eco de la decapitación en Siria del sacerdote católico François Murad, junto a dos religiosos más, por fanáticos islamitas del grupo yihadista Jabhat al-Nusa. Todo el mal que había hecho el franciscano Murad fue levantar el monasterio de Gassinieh

dedicado a San Simón Estilita, y vivir en aquel cenobio en la mayor pobreza y recogimiento. Ni de este miserable asesinato, ni de los continuos atentados en escuelas de Pakistán donde mueren por decenas los niños, hemos escuchado lamentos como en el caso de París o de Bruselas. Estamos podridos y tan llenos de cobardía que no osamos levantar la voz clamando y pidiendo las acciones adecuadas para que esto se termine cuanto antes. Es más fácil para la prensa hablar de los cotilleos de personajes absurdos, que de tomar posturas respecto a los problemas reales del mundo que, de seguir así, llegarán a agobiar nuestra convivencia.

Guardamos todas las energías para invertirlas en hechos tan importantes como el fallecimiento del exfutbolista Johan Cruyff. Sin duda, para el fútbol, es una notoria pérdida, y como tal lo sentimos. Y rezamos por su alma pues es nuestro deseo de que pase a formar parte del reino de Dios. Pero todo el espectáculo que se ha montado en torno a esta figura nos parece excesiva. Seguramente, como dicen, revolucionó el fútbol. Pero los cientos de hombres y mujeres (en este caso nos place distinguir el sexo) que se dedican a la investigación descubriendo fórmulas y métodos mediante los que va cambiando la vida de las personas, o los cientos de profesionales que cada día hacen trasplantes de órganos permitiendo una vida más larga a miles de personas, o los que escriben un libro que permite la evolución de las ideas, etc., para esos no tenemos un leve recuerdo y se van a la tumba normalmente sin siquiera el de quienes tanto les deben. Un homenaje con más o menos parafernalia se la merece cualquiera, pero tanto...



Este mundo en el que vivimos ha perdido la medida. Sin duda va siendo hora de que alguien ponga en funcionamiento el metrónomo para que vayamos cogiendo el compás y podamos incorporarnos a una orquesta sinfónica con la intención de que la Novena se escuche en todo el mundo sin fallo alguno.

Hoy nos pide el cuerpo homenajear a la madre y al niño. La madre porque es la «madre» de todo principio –la frase hecha nos lo dice claramente–, sin ella no estaríamos en este mundo, ni podríamos hacer ni pensar, ni homenajear a vivos o muertos ni llorar igualmente por los vivos y los muertos; ni rezar, ni vivir para la trascendencia. El hijo porque somos el producto natural de la madre, los seres que necesitamos que nos cuiden, nos atiendan para cualquier día hacer algo importante o simplemente para rendir cuentas al final de la existencia diciendo aquí estoy, creo haberme comportado bien, te ruego, Pedro, me permitas entrar para estar con el Señor. Y este homenaje lo hacemos de la mano de Sorolla, el pintor español que no recibe tantos homenajes como otros pintores que nos gustan menos, que dejó este cuadro de la madre dando de beber al hijo por medio de un botijo.

El laboratorio de Frankenstein

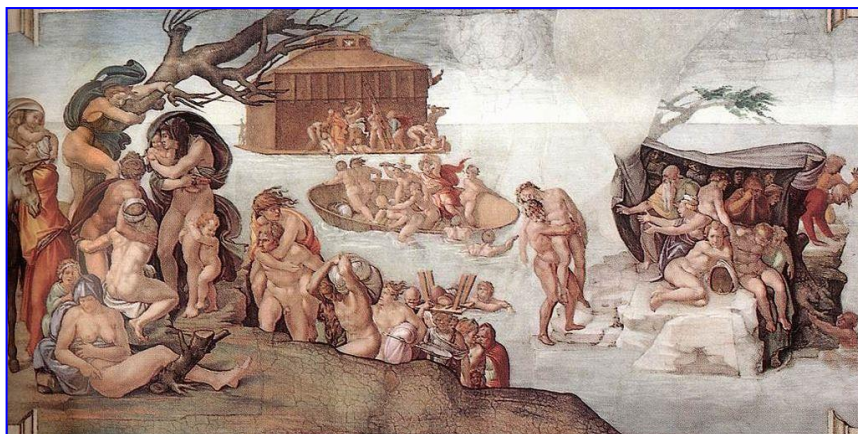
Manuel Parra Celaya

Sabemos que una de las características de la Postmodernidad o *Modernidad líquida* que vivimos es el rechazo de los *grandes relatos*, considerados por nuestros postmodernos como simples mitos. De ahí, el rechazo de la historia –reducida a museos multimedia, que dice David Lyon–, a la cultura –cuestionada como tradición– y, en general, a todas las construcciones sólidas, personales o políticas, carcomidas ahora por la duda, antesala del nihilismo. Previamente, la Religión ya había sido puesta en entredicho por la Modernidad secularizadora.

Sin embargo, asistimos a diario a la supervivencia aparente de esos *grandes relatos*, que se podrían considerar ya extintos, o, mejor, a su *recreación*, como si acabaran de salir remozados del laboratorio del doctor Víctor Frankenstein. Esta resurrección forzada es común a toda

Europa, pero cobra mayor evidencia en España, que no en balde es campo de experimentación de teorías aberrantes y, en consecuencia, de una legislación obediente a las mismas.

Así, el *gran relato* mitológico de la trilogía Igualdad-Libertad-Fraternidad, que en vano intentó Ramiro de Maeztu sustituir por la de Servicio-Jerarquía-Hermandad, y ello le costó la vida. Vemos claramente que el mito ha revivido, a pesar de las constataciones evidentes de las sociedades que lo sufren: la Igualdad ha quedado reducida a unas monsergas propagandísticas y, en ocasiones, contra natura, y ha devenido, como no podía ser menos, en una nivelación igualitarista obligada, sinónima de vulgaridad e incultura; a todo esto, sigue siendo más



«El Diluvio Universal», Miguel Ángel

demostrable que nunca que *hay unos más iguales que los otros*. La Libertad ya no es el atributo humano que debe transcurrir *dentro de un orden*, sino *dentro del Orden*, con mayúscula, el establecido por el Sistema, ese que invade continuamente las esferas privadas y familiares, en un marco social en el que todo debe ser reglamentado. La Fraternidad ha desaparecido de la sociedad, víctima del individualismo egoísta, del afán de lucro y de las rencillas,

rencores y odios, no solo entre quienes componen el presente, sino hacia quienes protagonizaron el pasado. Pues bien, el gran mito de esa trilogía del Liberalismo –ahora Neoliberalismo– es presentado y aceptado al modo de un *después de mí, el diluvio*, avalado por un supuesto *fin de la historia*.

Otro mito redivivo por los buenos oficios del Dr. Frankenstein es el *gran relato* marxista-leninista; el derrumbamiento –por implosión– del *socialismo real* no le afectó, pues ya habían tomado el relevo las ramificaciones de la Escuela de Frankfurt, a través de la terapia gramsciana, para asearlo superficialmente del polvo de los gulaks y de las *purgas*; de este modo ha llegado a las nuevas generaciones, enamoradizas por sistema. Las evidencias de su fracaso se repiten en la actualidad, como en el mito anterior: miseria y demagogia, *unos más iguales que los otros*, incapacidad unida a la prepotencia. Entre estas ramificaciones, no deben silenciarse las que pretenden, además de torcer la sociedad, torcer la propia naturaleza humana, tales como los *grandes relatos* de la Ideología de Género y similares.

También persiste –este sí unido entrañablemente a la Postmodernidad– el *gran relato* que tiene por protagonista al Individuo, enfrentado al Todo que forman sus semejantes, ácrata teórico en cuanto a sus dependencias, depredador en ocasiones, sumiso al instinto y ajeno por completo a la racionalidad. Como el anterior *gran relato*, puede encandilar a los propensos al utopismo.

Productos de laboratorio, de *taller* o de *logia*, estos *grandes relatos*, renovados convenientemente, aún pueden resultar atractivos para las masas cuando son generosamente propagados por los poderosos altavoces del Sistema. ¿Indefinidamente? Esperemos que no.

De todas formas, no olvidemos que los únicos *grandes relatos* –no míticos– que han sobrevivido a los brutales ataques de la Modernidad y al encono sibilino de la Postmodernidad han sido los que ponen el énfasis en el ser humano, dotado de dignidad, de libertad, de integridad; los que lo elevan a la categoría de persona, abierta al otro; los que lo educan y refuerzan en la familia; los que lo integran en una Patria. Y, sobre todo, ha persistido el *gran relato* –tampoco nada mítico– del Cristianismo, quien, por su intrínseca verdad, da respuesta a la armonía del hombre con su entorno y con su transcendencia.

Lo último de Pérez-Reverte

José M^a García de Tuñón Aza

No creo errar si digo que nunca jamás leí que el partido político Falange Española, fundado por José Antonio Primo de Rivera, fuera «similar a la del partido nazi de Hitler», pero va el señor de la Real Academia de la Lengua, Pérez-Reverte, lo escribe en su libro *La guerra civil contada a los jóvenes* y se queda tan tranquilo. Libro que, por otra parte, muchos colegios españoles están recomendando a sus alumnos.

Ni tan siquiera el insolente César Vidal llega a tanto en su libro *José Antonio. La Biografía no autorizada*. Tampoco el hispanista Ian Gibson, el que declaró en el diario ABC: «Mire, si José Antonio Primo de Rivera hubiera estado en Granada, a Lorca no le matan. Porque Primo era un hombre con cultura, un poco poeta y con él se podía razonar. Yo hasta le tengo cierto cariño». Ni mucho menos aquellos quienes le han dedicado muchas páginas: Julio Gil Pecharromán; Joan María Thomàs; Carlos de Arce; Enrique de Aguinaga, etc., sin olvidar al también hispanista Stanley G. Payne quien escribió que «José Antonio era demasiado generoso, demasiado abierto, demasiado liberal con amigos y enemigos nominales (en el sentido clásico del término *liberal*). Continuó compartiendo mesa y manteles, si bien en secreto, con amigos políticamente más liberales; estaba demasiado dispuesto a reconocer que la oposición era humana y se mostraba demasiado amistoso en sus relaciones personales para encajar en el estereotipo», que al parecer Pérez-Reverte le quiere encajar. El crítico y dramaturgo Emiliano Aguado, escribió: «Veníamos del liberalismo y al liberalismo volvíamos». El notario falangista Luis Moure, lo deja muy claro: «...éramos, en el fondo, hombres liberales. No flotaba sobre nuestras almas ni un solo poso de doctrina autoritaria».

Por último, el narrador, crítico social y agudo ensayista, Francisco Ayala, a título de anécdota que él vivió, nos recuerda cómo José Antonio salvó de un golpe, en la Universidad, al profesor y político socialista Jiménez de Asúa (llegó a ser presidente de la República en el exilio), cuando era atacado por un grupo de estudiantes católicos y uno de ellos cogió una silla dispuesto a romperle la crisma. Fue entonces el momento en que José Antonio, «que estaba peleando al lado de los *liberales*», lo impidió en un cuerpo a cuerpo con aquel bárbaro.

Y todo esto: ¿es similar o tiene algo que ver con el partido nazi de Hitler?

Vd., no sabe lo que ha escrito. No se puede lanzar un juicio tan personal como el suyo, sin llegar a demostrarlo, transmitirlo a los jóvenes españoles. Es un fraude histórico, por su parte, intentar que estudiantes de bachiller, de nuestra Patria, sigan por un camino que es totalmente falso, sólo porque Vd., sin autoridad de ninguna clase le da por doctrinar sin antes haber comprobado si lo que dice es cierto o no. Ha escrito como historiador y como historiador está obligado, al menos intentarlo, documentar debidamente sus ideas, algo que no ha hecho. Ha lanzado la piedra a la vez que escondía la mano. Es cierto, por aquello tan de moda ahora, de la libertad de expresión, que tiene derecho a escribir lo que le parezca y de la manera que le parezca, pero no es menos cierto que lo que no se puede escribir son falsedades. Esto es lo que Vd. ha hecho porque de José Antonio Primo de Rivera no ha pasado de la primera página de sus *Obras completas*, que ocupan un total de cerca de dos mil. Por eso me va a permitir que le ayude un poco.



En su *Cuaderno de notas de un estudiante europeo*, el fundador de Falange, cuando el verdadero nazismo aún no había enseñado sus entrañas, acertando además en su juicio, escribe: «Alemania llegará a ser un sistema profundo y estable si alcanza sus últimas consecuencias: la vuelta a la unidad religiosa de Europa; es decir, si se aparta de la tradición nacionalista y romántica de *las Alemanias* y reasume el destino imperial de la casa de Austria. En caso contrario, los fascismos tendrán corta vida». En otra ocasión al movimiento alemán le llama *racista* y por lo tanto *antiuniversal*. Y en otra, añade: «Pero en cambio, Falange no es ni puede ser racista»

Y todo esto: ¿es similar o tiene algo que ver con el partido nazi de Hitler?

Finalizo este corto artículo preguntando al periodista y escritor, si alguna vez ha leído el testamento de José Antonio Primo de Rivera. Testamento que termina con estas palabras: « En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con todo el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes cláusulas. *Primera*. Deseo ser enterrado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica, Romana que profeso en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz. *Segunda*...».

Y todo esto: ¿es similar o tiene algo que ver con el partido nazi de Hitler? Nada, y permítame que le repita: Vd. no sabe lo que ha escrito.

Disparad sobre nosotros...

Arlos León Roch



«...El enemigo está dentro». Es una expresión conocida, repetida en muchas circunstancias bélicas. Parece ser que la primigenia se produjo en el cuartel de Simancas, en Gijón, al comienzo de la Guerra Civil, dirigida al comandante del nacional crucero Cervera.

Afortunadamente, en el día de hoy nadie hay encerrado y rodeado en ningún cuartel, ni cruceros (¡no tenemos ninguno!) rondando las costas. Pero si hay enemigos dentro.

La situación de extremada debilidad de los signos de identidad que otrora obligaba a derramar hasta la última gota de sangre en su defensa y que ahora contemplamos, indolentes, cómo son humillados, despreciados y pisoteados por los mismos que están constitucionalmente obligados a su defensa, demuestran la presencia masiva del enemigo dentro, muy dentro de nosotros. Y de cada uno de nosotros.

Y es que hay unos enemigos «con» nosotros, en nuestras calles, en nuestras casas, frecuentemente nacidos «con» nosotros, pero con enseñanzas fanáticas, cristianofóbicas y vengativas. Se trata de enemigos difíciles de vencer, armados de fanática fe y de esperanzas idílicas. Los vemos todos los días y no somos capaces de distinguir entre ellos a los guerreros de los consentidores y de los pacíficos.

También hay enemigos «nuestros», acogidos a nuestras normas de convivencia, usufructuarios de nuestras garantías y de nuestros medios de representación que, lejos de pretender contribuir



a garantizar esos derecho, esa soberanía y esa identidad, aprovechan su legalidad representativa, para destruir el *status* de convivencia alcanzado tras decenios, para dirigirnos hacia un tenebroso ámbito opresor.

Conviven «junto» a nosotros otros enemigos, que confunden las particularidades territoriales, los lícitos perfiles identitarios, los entrañables sonidos de las fiestas locales, con las grandes tareas comunes, cada vez más superadoras de nuestros propios intereses y proyectos nacionales; y que, en la actualidad, se focalizan en recuperar ese atractivo proyecto europeo ilusionante, tal vez utópico. Pero no aldeano.

Los crecidos «demonios familiares» incluyen a otros «enemigos» incrustados en nuestra sociedad, con insolidaridades, egoísmos, enfrentamiento de unas clases sociales cada vez más distantes y con la terrible realidad de un paro laboral insostenible e inadmisibile. Esos demonios impiden que un grito gigantesco y masivo recupere para la sociedad a esos millones de brazos y mentes ociosas.

Que la mayor parte de la población consienta el «*crimen abominable del aborto*» (Julián Marias, dixit) sea cual sea el número y las condiciones en que éste se produzca, denota, por un lado, el patético desconocimiento biológico de la cuestión, y por otro, la indiferencia ante la muerte provocada a más de un millón de seres humanos, en España. Y, en este caso, el «enemigo» lleva las ensangrentadas insignias de casi todos los partidos políticos.

Ante todos esos –y otros– feroces enemigos, solamente se nos ocurren poner velas en los suelos, minutos de silencio (para no ofender con una oración), aumentar concesiones o renunciar a la aplicación de las leyes. Recluidos en nuestras intimididades, renunciamos al sacrificio y a la resurrección. Como debería recordarnos estos días.

Disparad sobre nosotros. El enemigo está dentro.

Bruselas y los últimos días de Occidente

Carlos Esteban

Una nueva matanza ha asolado Europa, esta vez en la capital de ese contubernio mundialista y buenista que es la UE, Bruselas, otra de las sucesivas masacres que no tienen absolutamente nada que ver con el islam, y cuya primera reacción entre nuestras masas bienpensantes no es la lógica de indignación y defensa, sino de temor a un brote de «islamofobia». Que nadie, en ningún caso, use esto para frustrar la hermosa fantasía del #WelcomeRefugees. Aunque el Eurostat dejara claro que menos de un tercio de los que llegan lo hacen huyendo del IS, aunque el Estado Islámico presuma de que ha aprovechado el caos fronterizo para infiltrar operativos y la propia Interpol los calcule en unos 5.000.

Pero no teman, no es la novedosa «islamofobia» –que podría definirse ya como rechazo a someterse al Islam– la enfermedad de la que va a morir nuestra civilización. Nuestra civilización va a morir de estupidez.

Un pueblo cuya primera reacción al ser atacado es disculpar al grupo del que salen sus atacantes está pidiendo a gritos la extinción, y después de leer en redes sociales y publicaciones decenas de soflamas en la línea de «no todos los musulmanes...» y/o «pues las Cruzadas...», no me cabe apenas duda de que estamos en fase terminal.

Lo vivimos ya tras la atroz matanza del Bataclan en París. Fue muy aplaudida, al menos por la derecha, la fulminante determinación de François Hollande de lanzar inmediatamente un ataque contra posiciones del IS en Iraq. Y esa es la prueba de nuestra suprema cobardía y suma estupidez. Porque no es en las arenas de Mesopotamia donde está el peligro para nuestra civilización, sino en nuestra perpetua cesión, en nuestro masoquismo cultural. Y ahí no se tomó, no se toma, ninguna medida. Al revés, ante la avalancha de supuestos refugiados de Oriente Medio, el líder más poderoso de Europa, Angela Merkel, reaccionó con una invitación universal y abierta a la que se sumaron masas de progresistas postureantes al grito de «¡Bienvenidos, Refugia-dos!», creando una crisis de seguridad –entre otras cosas– que habría que estar ciego para no ver.

Por lo demás, las aventuras de intervención bélica de Estados Unidos y sus aliados en el mundo islámico, desde Iraq y Afganistán hasta Libia y Siria, han proporcionado, sino la causa, al menos la ocasión perfecta para el drama que se desarrolla ahora en nuestras fronteras.



Cartel en el Ayuntamiento de Madrid, edificio Cibeles

Todavía el estamento neocon americano y sus aliados españoles sostienen que acabar con Assad es el objetivo prioritario, por encima de la victoria sobre el IS. Produciendo, imaginamos, un resultado igual de halagüeño que el derrocamiento de Saddam en Iraq. Porque Occidente no puede soportar la visión de un tirano, esa es la consigna, democratizar el planeta.

Bueno, parte del planeta. A nadie se le pasa por la imaginación hacerle un feo a China por el nimio detalle de que sea una tiranía que ha aplastado cualquier disidencia.

O, más al caso que nos ocupa, Arabia Saudí, una teocracia arcaica y cruel a cuyo lado el denostado régimen iraní es un paraíso libertario. Pero los saudíes son intocables, aunque la vertiente islámica que está detrás de toda la yijad moderna, de todos los atentados masivos desde el 11 de septiembre, tenga allí su cuna y sea la única oficial y permitida en el Reino, no aunque esté financiando mezquitas y madrasas por todo Occidente que transmiten el mismo mensaje radical contra los infieles. Arabia es la fuente, junto con otras tiranías del Golfo como Qatar y Emiratos Árabes, cuyas camisetas llevan los jugadores de nuestros dos equipos de fútbol principales. Los negocios, supongo, son los negocios, y al igual que el emperador Vespasiano recordó a su hijo Tito que el dinero no huele, por lo visto tampoco retiene las manchas de sangre.

Me solidarizo, por supuesto, con todas las víctimas y sus familiares, pero espero que no se me juzgue insensible si digo que estos atentados brutales, como hacía décadas que no sufría Europa, son solo el aspecto más aparatoso de nuestra paulatina extinción. A la larga, son incluso innecesarios, incluso contraproducentes, para vencernos. Más aún: ni siquiera es el islam –yijadista o no, si les apetece hilar fino y establecer una distinción que ellos no hacen– el problema de Occidente.

El Islam es todavía muy frágil; Occidente es todavía muy poderoso. Bastaría una modesta dosis de sentido común, del instinto de conservación que es normal esperar en cualquier pueblo de la tierra, para que el peligro quedara inmediatamente conjurado. No, el verdadero enemigo, el enemigo implacable, peligroso, poderoso, no es el que escala los muros de la fortaleza, sino el traidor que les abre la puerta. Son nuestras élites, nuestros gobernantes, nuestros grupos de comunicación, nuestros mandarines culturales, nuestro sistema educativo, nuestros financieros. El estamento mundialista, en fin, que ha decidido que el mejor modo de gobernarnos es al viejo estilo, dividiéndonos, erradicando nuestras identidades nacionales tanto como nuestra antigua identidad europea, de modo que convertidos en átomos sin lealtades personales dependamos de nuestros amos para resolver nuestras rencillas.

A finales del siglo pasado, un progresista profesor de Sociología de Harvard, Robert Putnam, se propuso hacer un estudio en profundidad que probara los beneficios de la diversidad cultural y tomó como campo de pruebas el Los Ángeles multicultural. Pero los resultados fueron tan contrarios a los esperados que su obra, *Bowling Alone*, recibió escasa publicidad.

Putnam comprobó que la diversidad cultural y étnica reduce drásticamente la cohesión social, la participación en actividades comunitarias y la confianza mutua y promueve la soledad y el desinterés por la cosa pública. Una comunidad así solo tiene el poder político como árbitro entre las distintas tribus en disputa, el sueño húmedo del poderoso. Y ese es el plan que, sin necesidad de conspiración alguna, se está imponiendo en Occidente y, muy especialmente, en Europa bajo los auspicios de Bruselas.

Occidente vive en una burbuja de prosperidad, paz y libertad sin precedentes que le hace pensar que sus valores son valores universales, que no somos una tribu más, sino la Humanidad, y que nuestra llegada a la escena mundial ha hecho desaparecer mágicamente los incentivos y mecanismos seculares que han movido a todos los pueblos a lo largo de la historia. Y más bien no.

El mundo es mucho más grande, cada vez más demográficamente en relación al menguante Occidente, y sabe de qué va la vaina. Sabe que ignorar al enemigo no le hace desaparecer, al contrario. Sabe que la debilidad no es una señal para proteger al otro, sino para atacarle.

En un sentido retorcido y siniestro, Occidente está enfermo de una moralina deformada y masoquista que pregunta siempre quién tiene razón y se responde siempre que cualquier otro, que somos lo peor y los más malos. Pero la historia no se mueve así. En la historia real, no en las historietas políticamente correctas, si un pueblo puede hacerse sin demasiado esfuerzo con el territorio, las riquezas y las mujeres de otro, lo hará.

Tarde o temprano Occidente tendrá que despertar a este hecho o resignarse a perecer, y no precisamente para disolverse en una utopía progresista. Porque no está lejano el día en que la pregunta ya no será cuál es tu opinión, sino cuál es tu pueblo.

Tomado de *La Gaceta*

ETA agrede y Podemos aplaude mientras Pamplona responde

Pascual Tamburri

E como cada Domingo de Resurrección los batasunos y todo el independentismo marxista y asimilado, convocado por la «red independentistak», celebró su «Aberri Eguna». Este 2016, como es lógico, tenía que ser en Pamplona, ciudad conquistada y con alcalde de Bildu. Es inútil contarles, otra vez, que no tiene sentido ser militantes anticristianos y a la vez celebrar la Pascua... ya los hemos visto, mientras atacan a los católicos, presidir como ediles las

procesiones. Incoherencia, se llama; pero las hay peores.

Por un lado, en el Aberri Eguna tuvimos lo de siempre. Es decir, gente recopilada de todas las provincias, minoritariamente de Navarra, pero dominando la vida del centro de Pamplona ese día. Unos 10.000 y no más, de hecho menos que otras veces, y ausencia total del nacionalismo «moderado», que es su aliado pero los conoce y los teme. Estaban los de siempre ellos solitos y con la dinámica de siempre. Sortu, Amaiur, EA, Aralar, Eusko Alkartasuna, Alternatiba, los sindicatos ELA y LAB, y tribus varias como Udalbiltza, Gazte Abertzaleak, Ikasle Abertzaleak y la meta común la «Independentzia». Ya es una rutina, ahora con banderas de Navarra castradas, con la estelada de Cataluña o la bandera de Palestina, sus txistularis, su «Ator, ator». Casi un rito tribal y religioso, más aburrido para sus propios jóvenes que la Misa de Pascua, si no fuese por los excesos de consumo estimulados.

Lo de siempre también en cuanto al contenido. ETA preside y marca el ritmo, y anuncia ante el acto en público que no fue un «error» empezar a matar y que «no se equivocó» al comenzar su actividad criminal. Sigue existiendo ETA, lo que sigue siendo un delito, tanto como dar pie a



actos de homenaje a ETA o de agresión verbal a España como éste. La ETA desea que la celebración del próximo año reúna a todos, «incluidos quienes aún no han hecho suyo este día. Porque el reto que tenemos es construir un proyecto popular, entre todos y para todos». Suavizan las formas, hablando de «derechos sociales» en vez de socialismo, porque lo que quien es evitar esta situación política en la que su premio político a cambio de nada se les escurre entre los dedos. Siguen sin renunciar a los beneficios de haber matado y de seguir existiendo para poderlo hacer. También porque si no alguno

de sus polluelos puede tener malos pensamientos *borrokiles*.

Están contentos, como ETA manda, de lo que ha pasado en Navarra, pero temen el futuro, quizá porque temen la reacción popular al predominio evidente de las ideas de la «izquierda abertzale». Siguiendo lo que ETA anuncia, pero a la vez abriéndose a las necesidades electorales, el portavoz de Sortu, Pernando Barrena, ha dado, además, la bienvenida a «todas esas personas que llegaron a Euskalherria en los años 50, 60 y 70, sobre todo de la península ibérica: de Castilla, León, La Mancha, Galicia, Extremadura, Andalucía» y también a los que han venido de otros países. «Todas y todos juntos vamos a construir, desde la diversidad, un futuro en democracia, justicia social, igualdad y libertad». Qué dirían Sabino Arana o Federico Krutwig al escucharle. Pero claro, es el oportunismo táctico leninista en su versión local. Veremos si se consolida.

Por otro lado, vimos algunas novedades desagradables, como lo suele ser todo lo relacionado con los enemigos de la higiene y los amigos de los policonsumos. Ha nacido y se ha adherido a su manera Podemos, que pide que los «vascos» puedan «decidir su futuro libremente», y hablan de una «patria inclusiva en la que quepan todas las identidades» en un acto para pedir el «derecho a decidir». Podemos se anuncia como cómplice del separatismo, llevando al redil batasuno a jóvenes ilusionados con un sistema más justo... como el que nunca encontrarán en una Euskalherria soviética. Luego ya pelearán entre ellos.

También, eso sí, una novedad agradable e importante. Dice un medio local que «*al paso de la manifestación por la avenida del Ejército, unos desconocidos han prendido unos botes de humo con los colores de la bandera española*». Esto dicho en las palabras de medios sumisos al poder «venga de donde venga». ¿Dirían que este gesto de afirmación española y popular ha «enturbiado» el evento? Más sencillamente, que «*cuando la manifestación, la menos numerosa de*

los últimos años, pasaba por la avenida del Ejército de la capital navarra, varios desconocidos han lanzado unos botes de humo desde el interior de la Ciudadela de Pamplona... Los tres botes de humo, dos rojos y otro amarillo, han formado una vistosa bandera de España que podía verse desde distintos puntos de la ciudad... Algunos de los manifestantes convocados por la antigua Batasuna, que portaban decenas de ikurriñas y otras banderas independentistas como la catalana, han silbado y pitado al comprobar esa enorme bandera de España a su paso».

No, no eran jóvenes del PP ni tiernos militantes de UPN, pues si los hay no parece que vayan a dar la cara jugándose sus ansiadas sillitas. La cuestión es más bien que Pamplona y Navarra no se dejan pisar más, y se dan cuenta de que la pasividad de décadas de los políticos profesionales, su renuncia a los principios, sus miedos a la verdad, sus leyes acomplejadas, su estímulo al rival y a sus socios, *han dejado a los abertzales llegar hasta aquí.* Y de donde están sólo saldrán porque algo mejor, salido de la gente normal y hablando sin miedo de España, avance y dé garantías de que no habrá más miserias institucionales como las vividas desde la Transitoria de Jaime Ignacio Del Burgo y la boina de Juan Cruz Alli en un Nafarroa Oinez hasta la zonificación del PSOE y las masivas subvenciones a la propaganda abertzale disfrazada de educación y cultura en todos los timoratos años de UPN hasta Barcina. Lo que fue causa del problema jamás podrá ser solución. La solución tendrá que ser una nueva Navarra.

Los progres, el velo y el antifaz

Alfonso Rojo

Ellos se ponen un velo y nosotros, un antifaz. Para ser exactos, ellos obligan a sus mujeres e hijas a cubrirse el rostro. Lo de nuestros gilipollas, eso de taparse los ojos, es voluntario («No somos nosotros los que han fallado en la integración: han sido los musulmanes»).

No hay peor tonto que el que se engaña a sí mismo y en Europa, con particular incidencia en España, abunda la especie («Esta es la sociedad que mejor llora por las víctimas que no defiende»).

Hagan lo que hagan los terroristas islámicos, aparecen en tropel los de siempre, con la foto de siempre. No me refiero sólo a mamarrachos como Willy Toledo o al tontarra del alcalde de Oleiros, que al rebufo de la masacre de Bruselas ha colocado en los carteles luminosos de la localidad coruñesa el mensaje «Gobiernos de Occidente, gobiernos terroristas».

Cada vez que los «fanáticos de Alá» perpetran una carnicería, emergen dirigentes de IU, líderes de Podemos, mangantes universitarios, periodistas dicharacheros y faranduleros televisivos, a quienes lapidarían o ahorcarían por pecadores los criminales que ellos justifican, esgrimiendo la foto de Aznar, Bush y Blair y soltando frases como: «recogemos la violencia que sembramos».

Este domingo, en un parque infantil de Lahore, masacraron a un centenar de mujeres y niños cristianos que festejaban la Pascua.

¿Había algún chaval paquistaní en las Azores? ¿Tenía algo que ver con el archipiélago portugués la recién casada española que reventaron unos días antes en el aeropuerto de Bruselas? ¿Y los que escuchaban música en la sala



Bataclan? ¿O los que iban en trenes de cercanías a Madrid o acudían en autobús al centro de Londres?

Hace varios años, en multitud de colegios belgas retiraron de la dieta escolar la succulenta salchicha local. Y no por miedo al colesterol, sino para evitar que se enfadasen los musulmanes («Eso es ser consecuente; Bruselas suspende la “Marcha contra el Miedo” por miedo»).

En la laica Francia, hay alguna localidad donde en aras de la «integración» han alterado el programa de la piscina municipal, incluyendo horas en las que sólo se admite a mujeres.

Es innegable que el apabullante éxito económico de Europa nos hace a menudo proclives a la claudicación, pero sería suicida admitir encima que somos culpables de los atentados («Los yihadistas deben de estar acojonados por las florecitas, las velitas y nuestro enérgico “todos somos Bruselas”»).

En España, basta echar un vistazo a los periódicos para encontrar columnas donde en respuesta a quienes demandamos a la comunidad musulmana una condena explícita del terrorismo, argumentan que es una simplificación, porque «no todos llevan barba o van embozados».

Eso sí que es una simpleza. No todos los alemanes de la época de Hitler exterminaron judíos en los campos de concentración, pero tenemos muy claro lo que fue el Holocausto nazi y hasta qué punto lo permitieron el silencio culpable y la pasividad de decenas de millones de personas.

Tomado de *La Razón*

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

[ES23.0019.0050.0140.1010.8382](https://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio)

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.